



EN MEMORIA DE OLIVIER CLÉMENT

No me resulta fácil condensar en unas pocas líneas el recuerdo y la gratitud hacia la vida, la obra y la persona de Olivier Clément, fallecido en París el pasado 15 de enero a la edad de 87 años. La dificultad del recuerdo nace de la riqueza que brota de su existencia de amplio horizonte y perspectiva, cargada de hondura y múltiples matices. Teólogo, historiador, poeta, escritor, profesor infatigable, hombre de diálogo y encuentro, esposo y padre de familia, en este momento de despedida y memoria, creo que Olivier Clément quisiera ser recordado, sin duda, como un incansable buscador de Dios y, sobre todo, como un cristiano del Oriente.

La búsqueda marca su historia desde el recuerdo más temprano, como nos relata en su autobiografía espiritual *El Otro sol* (Narcea, Madrid 1978). Ante el misterio de la muerte, el firmamento estrellado e inmenso o el Mistral meciendo el ciprés del cementerio en el pueblo paterno, Clément, adolescente aún, se sentía sumido en la angustia y el vacío de la silenciosa nada, a la que todo parecía abocar. Buscador, también, ante el azul intenso de los cielos del Languedoc y el fuego nocturno del hogar, cuando la tierra, su calor y olor a vino le embriagaban del gozo profundo de la existencia, inva-

dido por los sentimientos de plenitud, admiración y maravilla. Clément se describe en sus poemas, en sus *Memorias de esperanza* (Desclée de Brouwer, Paris 2003), como un corazón mediterráneo, de color azul, como el cielo y el mar, símbolos de lo infinito. Un hombre vital, positivo ante la existencia y, al mismo tiempo, dramático, sensible, herido por una ausencia desconocida, la de un mundo sin Dios donde la religión se llamó, por algún tiempo, socialismo.

La búsqueda estuvo jalonada, conducida, por encuentros inolvidables. Clément describe la silueta de su padre, su abierta posición atea y los libros de Dostoïevski junto con el Evangelio de Juan ocultos en la biblioteca. Las presencias amigas en la guerra, tantas lecturas que para él fueron ráfagas de luz y esperanza señalando un camino, como Berdiaev -el *Espíritu y la libertad* lo devoró de un tirón en un día y una noche-, el interés por la historia y su amistad crucial con el profesor Alphonse Dupront, la marcha a Paris y los días deambulando por sus calles y el misterio de los rostros y las fauces de la nada amenazante y el sinsentido y los nuevos, definitivos, encuentros con los cristianos rusos en el exilio francés. Caminaba hacia el Absoluto sin ruta, sin mapas, sin más brújula que la luz interior de una mirada lejana atrayendo sus pasos.

Fue una mirada quien rompió el espejismo del absurdo, un rostro, ante un icono de Cristo, el Salvador. Todo se hizo nuevo, amable y bello. Fue como una nueva creación y una nueva vida brotando de la gracia y del perdón. Tenía entonces veintisiete años y una mirada, la del Dios Encarnado, por la que vivir y caminar, seguir caminando. Digo seguir caminando porque Clément nunca abandonó esta vocación y tarea del peregrino, tantas veces en sus escritos confesó debatirse aún entre la admiración y la angustia, cercano a los hombres sin Dios y sin esperanza. De hecho, su empeño personal fue siempre el de acompañar el paso del hombre de su tiempo. En su infatigable búsqueda recorrió los senderos de la Revolución del 68, iluminando, con su vida y su palabra, las preguntas de los jóvenes franceses. Transitó infatigable, también, las rutas del diálogo con las otras confesiones cristianas, con el Islam, con las religiones de la India, con el mundo de la increencia. La simpatía y la compasión por el hombre le acercó a todos a quienes consideraba hermanos y amigos,

especialmente a aquellos en los que, como él a lo largo de su historia, marcados por el sufrimiento de una ausencia, se podía escuchar el grito de Jesús: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Su frase preferida del Evangelio, porque en ella se esconde el misterio del Amor de Dios, la certeza de que allí donde Dios parece ausentarse, allí donde no hay espacio para Él, allí donde Él ha sido excluido, se abre espacio para la gracia y Dios se hace presente. Se abre camino la esperanza y Dios mismo visita la nada, la habita y colma con el esplendor de su Gloria. Ya no hay sagrado ni profano, ya no hay Dios y hombre separados sino la divino-humanidad donde Dios y el hombre se abrazan y reconcilian. Milagro realizado en el seno de una mujer; el amor marial que acoge y consiente a la llamada divina; de modo que, en la vida de todo hombre es posible romper para siempre el muro del pecado y por las lágrimas del arrepentimiento dejar entrar a Dios en el corazón de su misma creación.

Olivier Clément se bautizó como cristiano ortodoxo el 1 de noviembre de 1952 y llovía intensamente esa tarde, era el *Canto de las lágrimas* (Desclée de Brouwer, Paris 1991), como la obra que él mismo escribió más tarde comentando el “Poema sobre el Arrepentimiento” de San Andrés de Creta. Era el signo de la bendición, del nacimiento en Jesucristo. Este nombre nuevo: cristiano fue para él su mayor dignidad y honra. A partir de aquí, comienza todo un esfuerzo por conocer y profundizar en la historia de la Iglesia Ortodoxa, su teología, su liturgia y vida y, aún más, darlo a conocer en Occidente; de modo que escribió y publicó varios escritos sobre ella, la Iglesia, a la que consideró y amó como su definitivo hogar, de la que nunca se sintió defraudado y por la que luchó y trabajó intensamente en el esfuerzo constante de purificación y vuelta a las fuentes de su ser; presencia en el Espíritu de la vida del Resucitado para el mundo. Contó para ello con la ayuda valiosa de los grandes teólogos ortodoxos rusos, sus amigos, que pronto se convirtieron en compañeros en el oficio de la enseñanza de la teología en el Instituto San Sergio.

Clément se sintió especialmente atraído por la riqueza de la tradición bizantina. En ella, sobre todo en el patrimonio espiritual de Gregorio Palamas y Nicolás Cabasilas, nutrió su experiencia de Dios. Trascendencia y Misterio absolutos hechos cercanía y amistad por las energías divinas comuni-

cadadas en la misma realidad del mundo, en el milagro de su existencia. La vida, el ser, cada criatura brotan como un don y gracia del Amor divino y el hombre, en la cúspide de la creación, se reconoce como criatura llamada, elegida por Dios para una historia de amistad y comunión. Esta certeza del Amor loco de Dios que se dona y entrega, que se hace participable, que se ofrece al hombre en un movimiento admirable de retirada humilde de Sí para abrir espacio a la libertad humana, se repite una y otra vez en sus escritos. Dios ha querido correr el riesgo del amor y se ha expuesto al hombre, dándole todo hasta perderlo todo para enriquecerle, para hacerle entrar en su misma vida.

Así, por el amor divino, el hombre puede revestirse de la belleza original y pura de Dios. La belleza fue para él el espacio sagrado por excelencia donde irrumpe y se revela el misterio. Pues la belleza es un nombre divino y en ella se contempla el esplendor de la gloria de Dios, esplendor en el que el hombre está llamado a habitar y gozar por la deificación. Entonces se habrá consumado la unión definitiva entre Dios y el hombre, el cielo y la tierra, y el mundo se habrá convertido, al fin, en una inmensa zarza ardiente.

Los últimos años de su vida, postrado en una cama, enfermo e inmóvil, Clément contemplaba en su habitación el misterio de esta belleza, verdaderamente divina y verdaderamente humana. El icono del Salvador y de María frente a su lecho y, junto a ellos, varias fotografías de sus nietos. En ellos contemplaba la belleza del Espíritu, la tercera belleza como él solía decir, la que transfigura al hombre y lo hace *pneumatophoro*, portador del Espíritu. Misterio cumplido en Cristo Resucitado, en María la *Theotokos* y en los niños, que revelan siempre algo del origen y del destino del hombre: la frescura de la gracia.

Pude visitarle personalmente hace apenas unos meses. Resplandecía en su mirada la llama de una felicidad que no es de este mundo, el resplandor de una vida acabada y cumplida. Hablamos de la divino-humanidad y la belleza, del misterio del ser y del milagro de la vida, de la Iglesia ortodoxa y católica, de la libertad y el pecado del hombre, del amor loco de Dios, de sus nietos...

Era una tarde, como la de su muerte, cuando el sol de este mundo se oculta y nos despierta a la nostalgia por el otro Sol, aquél que no conoce el ocaso, y a cuya luz y calor, después de una larga y fatigosa búsqueda, Olivier Clément ha despertado para siempre.

BIBLIOGRAFÍA PARCIAL DE OLIVIER CLÉMENT

Olivier Clément ha sido autor de más de treinta obras o ensayos teológicos, así como de numerosos artículos de temática variada antropológica, eclesiológica, cuestiones de pneumatología y ecumenismo, especialmente sobre las relaciones entre la Iglesia ortodoxa y católica. La bibliografía que aquí presentamos resulta, por lo tanto, parcial, comparada con la totalidad de la obra del autor.

Transfigurer le temps. Notes sur le temps à la lumière de la tradition orthodoxe, Paris 1959.

La Iglesia Ortodoxa, Madrid 1990, original: *L'Église Orthodoxe*, Paris 1965.

LE GUILLOU, M.J.-CLÉMENT, O.-BOSC J., *Evangelio y Revolución*, Madrid 1969, original *Évangile et révolution, au coeur de notre crise spirituelle*, Paris 1968.

Sobre el hombre, Madrid 1983, original *Questions sur l'homme*, Paris 1972.

El otro sol. Itinerario espiritual, Madrid 1983, original *L'Autre soleil*, Paris 1975.

Le Christ, terre des vivants, Abbaye de Bellefontaine 1976.

Le visage intérieur, Paris 1978.

La revolte de l'esprit. Repères pour la situation spirituelle d'aujourd'hui, Paris 1979.

Aproximación a la oración. Los místicos cristianos de los orígenes, Madrid 1986, original *Sources: les mystiques chrétiens des origines*, Paris 1982.

Orient-Occident. Deux passeurs, Vladimir Lossky et Paul Evdokimov, Genève 1985.

Anachroniques, Paris 1990.

Surcos de luz. La fe y la belleza, Burgos 2005, original: *Sillons de Lumière*, 1990.

Berdiaev. Un philosophe russe en France, Paris 1991.

Les visionnaires. Essai sur le dépassement du nihilisme, Paris 1991.

Unidos en la oración. Padre Nuestro, oración al Espíritu Santo, oración de san Efrén, Madrid 1995, original: *Trois prières. Le Notre père, la prière au Saint-Esprit, la prière de Saint Ephrem*, Paris 1993.

Corps de mort et de Gloire. Petite introduction à une théo-poétique du corps, Paris 1993.

L'oeil de feu. Deux visions spirituelles du cosmos, Paris 1994.

Taizé, un sentido a la vida, Madrid 1997, original: *Taizé, un sens à la vie*, Paris 1997.

Via crucis ecuménico. La cruz y la unidad de la Iglesia, Madrid 1999, original: *Via crucis. Meditazione e preghiera di Olivier Clément per la Via Crucis al Colosseo, presiduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II*, Roma

Roma de otra manera, Madrid 2004, original: *Rome autrement. Un point de vue orthodoxe sur la papauté*, Paris 1996.

Mémoires d'espérance, entretiens avec Jean-Claude Noyer, Paris 2003.

Espace infini de liberté. Le Saint-Esprit et Marie "Theotokos", Québec 2005.

Christ est ressuscité. Propos sur les fêtes chrétiennes, Paris 2005.

Le pèlerin immobile. Poésie, Québec 2006.

LIC. CAROLINA BLÁZQUEZ CASADO, OSA
*Monasterio de la Conversión
Becerril de Campos (Palencia)*